



Carlos Lopes y George Kararach

Cambio estructural en África

PERCEPCIONES ERRÓNEAS. NUEVAS PERSPECTIVAS
Y DESARROLLO EN EL SIGLO XXI



CON LA EDICIÓN DE TÍTULOS COMO ESTE, CASA ÁFRICA, EN COLABORACIÓN CON LOS LIBROS DE LA CATARATA, SE MARCA COMO OBJETIVO CONTRIBUIR A UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA ACTUALIDAD DE LOS PAÍSES AFRICANOS ASÍ COMO DE SU HISTORIA RECIENTE Y LOS EFECTOS EN LAS SOCIEDADES CIVILES A TRAVÉS DE LOS ENSAYOS Y TEXTOS DE AUTORES AFRICANOS Y AFRICANISTAS. POR TANTO, ESTA COLECCIÓN ABORDA TEMÁTICAS RELACIONADAS CON EL DESARROLLO Y EL POTENCIAL DEL CONTINENTE DESDE UN PUNTO DE VISTA ALEJADO DE LOS ESTEREOTIPOS CON LOS QUE TRADICIONALMENTE SE HAN ABORDADO LAS REALIDADES AFRICANAS.



CASA ÁFRICA

DISEÑO DE CUBIERTA: MIKEL LAS HERAS

TÍTULO ORIGINAL: *STRUCTURAL CHANGE IN AFRICA: MISPERCEPTIONS, NEW NARRATIVES AND DEVELOPMENT IN THE 21ST CENTURY*

© CARLOS LOPES Y GEORGE KARARACH, 2019

© CASA ÁFRICA, 2023

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2023
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

CAMBIO ESTRUCTURAL EN ÁFRICA.
PERCEPCIONES ERRÓNEAS, NUEVAS PERSPECTIVAS
Y DESARROLLO EN EL SIGLO XXI

ISBN: 978-84-1352-757-4
DEPÓSITO LEGAL: M-18.881-2023
THEMA: 1HB/GTP

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, por José Segura Clavell 9

AGRADECIMIENTOS 11

ABREVIATURAS 13

INTRODUCCIÓN 17

CAPÍTULO 1. CONFIGURAR LA TRANSFORMACIÓN ESTRUCTURAL 31

CAPÍTULO 2. ¿EN BUSCA DE LA TRANSFORMACIÓN?
ÁFRICA NO ESTÁ SOLA 68

CAPÍTULO 3. INDUSTRIALIZACIÓN: COMPRENDER EL PAPEL
DE LAS POLÍTICAS INDUSTRIALES Y ASOCIADAS
EN LA TRANSFORMACIÓN DIGITAL 121

CAPÍTULO 4. ENTENDER OTROS FACTORES CLAVE DE LA TRANSFORMACIÓN
ESTRUCTURAL AFRICANA 166

CAPÍTULO 5. FINANCIACIÓN INNOVADORA PARA EL DESARROLLO 202

CAPÍTULO 6. CASOS SELECCIONADOS:
LAS DIMENSIONES NACIONALES DE LA TRANSFORMACIÓN 223

CAPÍTULO 7. CIRCUNSTANCIAS AFRICANAS Y ESFUERZOS
HACIA EL FUTURO 244

ANEXO 259

BIBLIOGRAFÍA 263

ÍNDICE DE TÉRMINOS 295

PRESENTACIÓN

Publicamos el título *África en transformación* en el verano de 2019, justo antes de que la pandemia golpeará nuestras vidas. El economista Carlos Lopes firmaba aquel texto, traducido al español y editado por Casa África, con la intención de revisar algunos de los retos de desarrollo más urgentes a los que se enfrentan los países africanos y proporcionar las soluciones sobre las que lleva años reflexionando. Fue un éxito inmediato, con presentaciones y conferencias en nuestro país que animaron un debate informado y complejo, entre los expertos de nuestro país en ese continente.

Aquel libro se publicaba en un momento que el futuro se anunciaba prometedor para los países africanos, sin que pudiéramos sospechar los cambios radicales que se avecinaban, primero con el coronavirus y después, con la guerra en Ucrania. El doctor Lopes propugnaba la industrialización africana y, frente a una era de la incertidumbre en la que lo más grave que podíamos imaginar era una guerra comercial, apostaba por ser realistas, aumentar la productividad agrícola, revisar el contrato social, adecuarse al cambio climático y asumir un mayor protagonismo en las relaciones africanas con China.

Cuatro años más tarde, nos decidimos a publicar un nuevo título del mismo autor, tras el paréntesis que nos ha impuesto la pandemia. Les presentamos *Cambio estructural en África* escrito al alimón por Carlos Lopes y George Kararach, economista superior del Grupo del Banco Africano de Desarrollo, profesor no residente del Payne Institute y, hasta hace poco, economista superior de la Comisión Económica para África.

Se trata de un texto que se publicó originalmente en 2020 y que, por tanto, algunos datos y algunas tendencias necesitan una revisión a la vista de la veloz evolución del mundo en apenas tres años. Sin embargo, consideramos que las líneas de acción que plantea y, sobre todo, el enorme conocimiento que atesora

siguen siendo totalmente pertinentes y abren una panoplia interesante de posibilidades a nuestras audiencias. Especialmente, cómo contribuyen a que se combata en el imaginario occidental la biblioteca colonial que ha permeado, durante siglos, una imagen de la historia de África distorsionada y poco ajustada a la realidad del continente. Esperamos que los lectores comprendan, desde quienes tengan que tomar decisiones de calado en puestos políticos o técnicos de relevancia hasta curiosos que deseen conocer mejor las dinámicas africanas.

Ahora que lo tiene entre las manos, esperamos que le resulte útil, que le ayude a ampliar sus conocimientos de este continente y sus complejidades y que sirva para ampliar los debates en torno a las realidades africanas. Le deseo una feliz y provechosa lectura.

JOSÉ SEGURA CLAVELL
Director de Casa África

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de múltiples esfuerzos por influir en los debates sobre el desarrollo económico africano desde la perspectiva de las narrativas y las percepciones. Un continente constantemente maltratado por quienes se consideran o son legitimados por otros como especialistas de su historia, su política o sus resultados en materia de desarrollo merece un tratamiento más justo. En este libro hemos tratado de llenar ese vacío. Somos conscientes de que esta traducción llega casi tres años después de la edición original. Durante este periodo, el mundo ha experimentado grandes cambios, como la pandemia de COVID-19, las disputas comerciales entre Occidente y China, y la guerra de Ucrania. Todos estos acontecimientos han tenido una gran repercusión en los datos estadísticos y en algunos hechos concretos recogidos en nuestro libro. Sin embargo, estamos convencidos de que no han alterado el relato y la descripción esenciales de los retos estructurales de África.

Este trabajo no habría sido posible sin el apoyo de muchos colegas mientras los dos trabajábamos en la Comisión Económica para África en Addis Abeba. Nos gustaría agradecer las contribuciones de Chichi Bodart, Mestawet Mistor, Stephen Karingi, Bartholomew Armah y Adam el-Hiraika, que son ajenos a las eventuales carencias que los lectores puedan encontrar. También queremos dar las gracias a nuestros amigos Fewstancia Munyaradzi y Garth le Pere por su celo a la hora de leer y comentar todo el manuscrito, lo que nos permitió afinar nuestro análisis. La dirección editorial de Richard Sanders también fue esencial para finalizarlo a tiempo. También deseamos expresar nuestro agradecimiento por la labor de traducción de Myriam Zaluar. Estamos en deuda con todos ellos por su tiempo y paciencia.

Por último, nuestras familias soportaron las muchas horas extra de trabajo que requiere una tarea así. Carlos agradece el papel de su mujer, Mara, que

creó las condiciones que hicieron posible este trabajo. George da las gracias a su familia, que también ha sido una inspiración constante en el debate sobre el desarrollo africano.

Ciudad del Cabo y Johannesburgo, mayo de 2022

ABREVIATURAS

ACP	África, Caribe y Pacífico
ACP-UE	África, Caribe y Pacífico-Unión Europea
AERCA	Consortio Africano de Investigación Económica
AfCFTA	Área Continental Africana de Libre Comercio
AfDB	Banco Africano de Desarrollo
AGA	Arquitectura de Gobernanza Africana
AI	Inteligencia artificial
AIDA	Desarrollo Industrial Acelerado de África
AOD	Ayuda Oficial para el Desarrollo
APSA	Arquitectura de Paz y Seguridad en África
ARV	Antiretrovirales
ASP	Precio medio de venta
ASS	África subsahariana
AUC	Comisión de la Unión Africana
AuM	Activos gestionados
BCG	Boston Consulting Group
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BRICS	Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica
CAD	Comité de Ayuda al Desarrollo
CAO	Comunidad del África Oriental
CDM	Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar
CEDEAO	Comunidad Económica de los Estados de África Occidental
CEECAC	Comunidad Económica de los Estados de África Central
CEGIS	Centro de Servicios de Información Medioambiental y Geográfica
CEPA	Comisión Económica para África
CER	Comunidades Económicas Regionales

CNOOC	China National Offshore Oil Corporation
CNPC	China National Petroleum Corporation
COMESAC	Mercado Común del África Oriental y Meridional
CSIR	Consejo de Investigación Científica e Industrial
CTIC	Ciencia, Tecnología e Innovación
CVM	Cadenas de valor mundiales
DBS	Banco de Desarrollo de África Austral
DELPE	Estrategias de reducción de la pobreza
DVD	Disco versátil digital
EAU	Emiratos Árabes Unidos
EMUE	Unión Monetaria Europea
ENDE	Estrategias Nacionales para el Desarrollo Estadístico
EPRD	Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope
FAO	Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación
FMI	Fondo Monetario Internacional
FT	Financial Times
GEI	Gases de efecto invernadero
GERD	Gran Presa del Renacimiento Etíope
GSMA	Sistema global para las comunicaciones móviles
GBP	Genéricos de bajo precio
GTZ	Sociedad Alemana de Cooperación Internacional
GW	Gigavatios
HABITAT	Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos
I+D	Investigación y desarrollo
IEA	Agencia Internacional de la Energía
IED	Inversión extranjera directa
IHDP	Programa Internacional de la Dimensión Humana sobre el Medio Ambiente Mundial
IPCC	Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático
ITIE	Iniciativa para la Transparencia de las Industrias Extractivas
IWMI	Instituto Internacional de Gestión del Agua
MAU	Unión del Magreb Africano
MdE	Memorándum de acuerdo
MIM	Marco integrado mejorado
MTN	Red de telefonía móvil
NDE	Estrategia Nacional de Desarrollo
NDS	Estrategia de Defensa Nacional de los Estados Unidos
NEPAD	Nueva Alianza para el Desarrollo de África

- OB Marca original
- OCDE Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
- ODA Ayuda exterior al desarrollo en el extranjero
- ODI Instituto de Desarrollo de Ultramar en el extranjero
- ODM Objetivos de Desarrollo del Milenio
- OMC Organización Mundial del Comercio
- OMS Organización Mundial de la Salud
- ONU Organización de las Naciones Unidas
- ONUDI Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial
- OUA Organización para la Unidad Africana
- PAE Programa de Ajuste Estructural
- PDIA Programa para el Desarrollo de Infraestructuras en África
- PDSL Países en desarrollo sin litoral
- PEID Pequeños Estados insulares en desarrollo
- PIB Producto interior bruto
- PIR Precios internacionales de referencia
- PMA Países menos adelantados
- PNUD Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
- PNUMA Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente
- PRM Países de renta media
- RDC República Democrática del Congo
- SADC Comunidad de Desarrollo de África Austral
- SDGS Objetivos de Desarrollo Sostenible
- TRIPS Aspectos de los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio
- TWh Teravatios hora
- UA Unión Africana
- UE Unión Europea
- UNCTAD Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo
- UNDESA Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU
- UNESCO Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
- UNICEF Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
- VIH Virus de la inmunodeficiencia humana
- ZEE Zonas económicas exclusivas
- ZCP Zona de comercio preferencial

INTRODUCCIÓN

África es demasiado grande para seguir un único guion, por lo que sus países han tomado caminos diferentes para convertirse en lugares mejores.

(The Economist, 2 de marzo de 2013)

El lugar de África en la escena mundial no ha estado exento de polémica, sobre todo en lo que respecta a sus resultados de crecimiento más recientes (Jerven, 2013). Históricamente, África ha sido retratada desde una perspectiva que no hace justicia al verdadero alcance de sus logros en materia de desarrollo. Aunque su territorio abarca más de 30 millones de kilómetros cuadrados, la proyección de Mercator representaba el continente africano con el mismo tamaño que Groenlandia, que es 14 veces más pequeña. La descripción cartográfica del mundo de Mercator, de 1569, se convirtió en una de las proyecciones más influyentes y difundidas a lo largo de los siglos XIX y XX. Algunos han argumentado que en un principio se concibió como una herramienta de navegación para los marineros, por la facilidad de asegurar formas y ángulos precisos, pero se ha convertido en el mapamundi más reconocido, apareciendo de fondo en los noticiarios de televisión, en las paredes de las casas, en las revistas y en la portada de muchos atlas.

De hecho, y a pesar de reconocer estas distorsiones, Google Maps siguió utilizando la proyección Mercator como base de sus mapas de internet. Por otra parte, muchos han argumentado que esta proyección sirvió para reforzar las actitudes coloniales occidentales hacia el continente africano y que fue esencial para forjar imágenes de supremacía europea (Peters, 1983; Henderson y Waterstone, 2009). En 1967, Arno Peters ideó un método alternativo de ver los mapas para corregir la inexactitud y el racismo que, en su opinión, proyectaba el mapa de Mercator.

Hoy sabemos que el territorio del continente africano es tan grande como los territorios combinados de India, China, Estados Unidos y la mayor parte de Europa. La economía azul (o marítima) de África es aún mayor que su territorio y representa un enorme potencial de desarrollo sin explotar. Solo las zonas marítimas bajo jurisdicción africana suman unos 13 millones de kilómetros

cuadrados, incluidos los mares territoriales y aproximadamente 6,5 millones de kilómetros cuadrados de plataforma continental (CEPA, 2016a). Sin embargo, cuando Thomas Frederick Saarinen llevó a cabo un estudio en 1992 para comprobar cómo veían el mundo los occidentales, los resultados indicaron una visión disminuida del tamaño y la importancia de África (Meffe, 2013). Casi dos décadas después, Kai Kruse ha intentado abordar lo que él denomina “inmappancia rampante”¹ y mostrar como la proyección Mercator distorsiona los tamaños relativos de los países. Con una sencilla ilustración gráfica, el autor demostró lo “inmenso” que es el continente africano (*The Economist*, 2010). Su objetivo era sencillo: “Crear una representación gráfica simple de la afirmación: África es absolutamente gigantesca, mucho, mucho más grande de lo que usted o yo pensábamos” (*The Economist*, 2010). Esta sencilla ilustración causó sensación en todo el mundo, pero ni corrigió las percepciones distorsionadas sobre África ni disminuyó la intensidad con que estas han boicoteado los esfuerzos de desarrollo emprendidos por los africanos.

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LAS PERCEPCIONES ERRÓNEAS

¿Cuál es la causa de que las percepciones erróneas sobre África persistan hasta nuestros días? Para responder a esta pregunta, tenemos que dar un paso atrás en la cartografía y analizar algunos de los supuestos históricos clave que han desempeñado un papel importante en la construcción de esta visión.

Evidentemente, el pesimismo y el escepticismo sobre las perspectivas de desarrollo de África distan mucho de ser una mera novedad. Durante el Renacimiento europeo, muchos autores y pensadores contribuyeron a apoyar las diversas bulas papales que legitimaban la colonización por parte de los reyes explotadores; esta visión se extendió a la representación denigrante de los negros en las obras de pintores famosos como Pigafetta, Rubens, Velázquez o Rigaud; también incluyó la construcción filosófica de que Egipto destacaba sobre el resto del continente como la sociedad más alfabetizada. El filósofo alemán Hegel captó la esencia de esta representación al proclamar que los africanos no tenían historia de educación anterior a la llegada de los europeos.

Mucho más tarde, *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, fue aún más flagrante en sus imágenes, al describir a los africanos como “incivilizados” (Camara, 2005). Más recientemente, Fukuyama (1992) ha continuado esta tradición, proclamando la supremacía de la civilización occidental como representante del “fin de la historia”, sugiriendo así que las culturas y tradiciones que no entraban en la órbita occidental eran particularmente insignificantes.

1. Conocimiento geográfico insuficiente del territorio de la región y del resto del mundo.

En una descripción distópica de su diario de viaje, *El último tren a la zona verde*, Paul Theroux describe el continente como “el África terrible, envenenada, populosa: el África de los pueblos engañados, despreciados, inadaptados: de las plagas aparentemente irreparables” (Theroux, 2013). En su viaje de Ciudad del Cabo a Luanda escribió: “Fui consciente de que estaba entrando en una zona de irracionalidad. Penetrar más profundamente en Luanda significaba viajar hacia la locura”. Otro fragmento revelador es en el que Theroux habla de la música rap africana: “Naturalmente, uno se pregunta qué hay en la mente de estos jóvenes que han adoptado estas canciones como himnos. ¿Son simples holgazanes, con mentes colonizadas por canciones extranjeras?”. Theroux contribuye así al canon de las percepciones erróneas, presentando un punto de vista distorsionado, con el agravante de que escribe seriamente sobre África.

Estas consideraciones sugieren que las percepciones erróneas sobre África se basan en tres elementos, a saber: la geografía no refleja el verdadero alcance de la actividad humana, la economía no capta la verdadera dotación de recursos y la demografía subestima el número de africanos en un futuro próximo, especialmente la emergente y vibrante población juvenil. Exploraremos cómo estos aspectos geográficos², económicos y demográficos han influido y seguirán influyendo en el desarrollo del continente. Estos aspectos son muy importantes para comprender la transformación estructural en la que se centra este libro. Están estrechamente vinculados a los procesos por los que el liderazgo africano —tanto a nivel estatal como social— es capaz de trazar vías autónomas de crecimiento y desarrollo que hacen que las descripciones negativas resulten irrelevantes e infundadas.

Por lo tanto, las percepciones erróneas sobre el África actual no solo tienen que ver con las injusticias de la cartografía o las visiones engañosas retratadas en la literatura o las artes contemporáneas. Estas visiones engañosas también impregnan las percepciones del riesgo, los niveles de conflicto, los problemas de estabilidad política y otras esferas de la existencia humana. De hecho, África sigue siendo percibida globalmente como un continente en crisis con un entorno arriesgado para la inversión. Esto se debe en gran medida a la naturaleza de los conflictos africanos y a su visibilidad mundial, que se perciben como problemas endémicos (Makinda, 2012). Estas representaciones negativas persisten, además, debido a imágenes arraigadas en la mentalidad africana, que excluyen la posibilidad de un protagonismo africano (Fanon, 1952) y apuntan a una acumulación de problemas que socavan la diversidad de un continente que ha progresado notablemente desde principios del siglo XX. Las representaciones de África se organizan como narrativas que acaban creando una brecha

2. Para opiniones opuestas sobre la influencia de la geografía en el desarrollo económico, véase Jared Diamond (1997) y Acemoglu *et al.* (2001).

entre las percepciones y las distintas realidades en lo que respecta al potencial de transformación del continente más allá de las categorías estrictamente económicas.

Por lo tanto, es esencial contextualizar estas narrativas. Fundamentalmente, es necesario comprender la realidad africana confrontándola y liberándola de percepciones externas para que no se prive a África de su papel en la evolución y la historia de la humanidad. Ha llegado el momento de cambiar la narrativa para que una perspectiva nueva y más realista pueda superar el tan cacareado guion sobre "el despertar africano". Esto solo puede lograrse centrándose en la agenda de la transformación y en los retos a los que se enfrenta un continente en rápido desarrollo, en gran medida respaldado por un protagonismo localizado.

UN GRAN CONTINENTE Y LA IMPORTANCIA DEL CAMBIO ESTRUCTURAL

África ha experimentado un crecimiento sin precedentes durante la última década y media, y se ha mantenido como la segunda región de más rápido crecimiento en el mundo desde el comienzo del milenio. A pesar de las recesiones y de la incertidumbre económica provocada por la crisis financiera mundial de 2008, muchos países de la región siguen creciendo, situándose entre las economías de más rápido crecimiento del mundo. Los indicadores macroeconómicos son los mejores desde la independencia. En el cambio de milenio, el PIB era de 600.000 millones de dólares; en 2013, aumentó espectacularmente hasta los 2,2 billones, lo que representa una de las trayectorias de crecimiento más rápidas de la historia (BAfD, 2014). En comparación, China tardó 12 años en duplicar su PIB per cápita; India, 17 años y Estados Unidos y Alemania, entre 30 y 60 años (Barth *et al.*, 2009).

La idea de una "gran" África continental se asocia a menudo con su riqueza en recursos naturales. Onuoha (2016) sostiene que la abundancia de recursos proporciona al continente la confianza en sí mismo y la esperanza de un crecimiento continuo. La narrativa del "despertar africano" intenta describir el inmenso potencial de crecimiento del continente. Existen numerosas pruebas de que uno de los motores del crecimiento africano ha sido un superciclo de producción (materias primas) que ha potenciado las economías de los países especialmente ricos en recursos. De hecho, el descubrimiento de nuevos recursos ha alimentado el aumento de la IED (inversión extranjera directa) en África por parte de potencias emergentes como China, India, Brasil y Rusia, ya que buscan las materias primas necesarias para su propio crecimiento y desarrollo (Kararach y Odhiambo, 2017; TCE, 2018).

Sin embargo, el optimismo económico de las dos últimas décadas se ha visto frenado por una combinación de factores, como la volatilidad de los precios de las materias primas, la desaceleración y el reajuste de la economía china, la sequía generalizada, especialmente en África Oriental y Central, y la creciente inseguridad e inestabilidad en el Cuerno de África (Hanson *et al.*, 2017). Estos vientos en contra señalan la importancia de la transformación estructural. Dicha transformación solo puede producirse diversificando las economías africanas, impulsando su competitividad en los mercados mundiales, aumentando la proporción de la industria manufacturera en su PIB y utilizando tecnologías más sofisticadas en la producción. Las economías serán entonces más prósperas, menos dependientes de la ayuda exterior y mucho más resistentes a las crisis (Karach, 2014), como demuestra el crecimiento logrado por exportaciones de productos primarios (Lawrence y Graham, 2015). Los precios de estos productos básicos a menudo han ido bajando, lo que a su vez provoca un descenso considerable de la relación de intercambio de África y de su participación en las exportaciones mundiales. Por otro lado, el comercio interafricano ha ido creciendo, al igual que el comercio con el continente asiático (con un aumento del 27,9% en 2017, frente al 26,3% de 2016) (Afreximbank, 2018). Sin embargo, en esta dependencia de las exportaciones de productos primarios, los minerales han desempeñado un papel cada vez más importante, lo que en algunos países ha agravado sus vulnerabilidades (Kararach y Odhiambo, 2016). Mientras que las exportaciones de los países más desarrollados se han diversificado más en los últimos años, en muchos países africanos las exportaciones se concentran en unos pocos productos básicos, como el petróleo, los diamantes y el café, como muestra el índice Herfindahl-Hirschman³.

La liberalización del comercio mundial no ha ayudado a la agricultura africana, ya que sus exportaciones han disminuido, convirtiendo al continente en un importador neto de alimentos. A pesar de la lógica de la liberalización, resulta irónico que la agricultura de los países desarrollados siga estando muy subvencionada⁴. La liberalización del comercio, impuesta a África a través del "ajuste estructural", ha tenido efectos igualmente negativos en los intentos de industrialización. Y a pesar de la presión liberalizadora de los países desarrollados, esto no ha frenado el "sesgo arancelario" hacia los países africanos, que siguen enfrentándose a importantes barreras para exportar a los países desarrollados, en comparación con los tipos mucho más bajos que prevalecen entre estos últimos. La pequeña industria de los países africanos, predominantemente intensiva en capital, no ha creado tanto empleo como lo hizo inicialmente en los países desarrollados. La proporción media de empleo en la industria entre los

3. Índice que mide la concentración de las exportaciones de los distintos países.

4. Por ejemplo, el Gobierno estadounidense paga actualmente unos 25.000 millones de dólares en efectivo a agricultores y terratenientes.

países africanos es del 11 %, mientras que la contribución de la industria al PIB es del 21 %. En los países de renta alta, en cambio, son del 26 y el 23 %, respectivamente (cifras de 2017). Así, el sector servicios y la inversión para transformar la agricultura han cobrado especial relevancia como catalizadores del cambio estructural y la creación de empleo. Por lo tanto, la disponibilidad de una mano de obra urbana y mejor formada es señal de que las economías africanas están bien situadas para un mayor desarrollo industrial.

Una estrategia basada en la transformación de los recursos agrícolas y minerales nacionales podría contribuir a crear un sector de bienes de equipo. Este planteamiento podría complementarse con una política activa de ciencia, tecnología, investigación y desarrollo para adaptar las tecnologías importadas a las necesidades locales. El reto al que se enfrenta la industria es encontrar un camino viable que le permita producir bienes esenciales para el consumo masivo (TCE, 2013; Lawrence y Graham, 2015). Sin embargo, limitarse a reproducir o intentar imitar la senda de industrialización emprendida por las economías ahora industrializadas (¿o posindustrializadas?) puede no ser la mejor opción y, desde luego, ni siquiera es una opción obligatoria (Chang, 2002 y 2007; Kararach, 2014).

A medida que el propio capitalismo avanzado evoluciona hacia nuevas formas de organización social, la identificación de las actividades económicas del futuro debe tener en cuenta el crecimiento de las actividades no mercantiles, el recurso al autoempleo y la disminución de la mano de obra en la industria tradicional. El aumento de los empleos mal remunerados en el sector servicios también contribuye a reducir el potencial de crecimiento de los mercados dada la limitada "comerciability" de estos servicios, lo que también puede socavar una estrategia de industrialización basada en un mercado de consumo de masas.

UN ÁFRICA EN TRANSFORMACIÓN: ECONOMÍA Y DEMOGRAFÍA

En 2050, el África subsahariana tendrá una mano de obra mayor y más joven que China o India⁵. Junto con la abundancia de tierras y recursos naturales del continente, esta mano de obra puede representar una ventaja competitiva y un activo valioso para impulsar la transformación económica (ACET, 2014). Recientemente, los países africanos han experimentado un periodo de resurgimiento tras décadas de estancamiento económico generalizado, turbulencias políticas y conflictos (Cheru, 2002). El elevado crecimiento económico fue impulsado

5. Las proyecciones de población de las Naciones Unidas estiman para 2050 una población activa de mil millones de africanos, lo que representa un aumento del 12% al 23% de la participación del continente en la mano de obra mundial, frente a los cerca de 212 millones de China y algo menos de mil millones de India.

esencialmente por la mejora de la política de desarrollo, combinada con la revitalización comercial en los prósperos sectores de las telecomunicaciones, la banca, el comercio minorista, los minerales y la construcción (Kararach, 2014). La reforma del sector público fue crucial para mejorar significativamente la eficiencia del Estado. Además, tampoco podemos ignorar una nueva carrera por los recursos y las oportunidades económicas de África por parte de los países occidentales, así como de las economías emergentes (Carmody, 2011). Todos estos factores han situado al continente en el centro de las relaciones internacionales, las negociaciones y los acuerdos económicos, así como de las transacciones geopolíticas (Cornelissen *et al.*, 2012). Las dinámicas urbanas están en el centro de la renovación y el potencial de crecimiento africanos, como demuestran la creciente importancia de las clases medias, la concentración de consumidores y mercados (urbanos), la aparición de nuevos retos en materia de bienestar y la necesidad de soluciones creativas e innovadoras frente a las rápidas tasas de urbanización⁶. Es preciso instituir una transformación urbana estratégica (Versi, 2014) potenciada por soluciones eficaces y sostenibles a los retos del desarrollo (Grant, 2015). Entre los ámbitos que requieren tal atención en la era posterior a 2015 figuran la vivienda adecuada, el transporte, las infraestructuras y otros servicios, además de abordar otros problemas como la escasez de energía, la inseguridad alimentaria y la contaminación (D'Alessandro y Zulu, 2017).

Las estrategias de industrialización, incluida la creación de parques y agrupaciones industriales, zonas económicas exclusivas y corredores de transporte multimodal, también ponen de relieve la importancia de la geografía para la transformación y el desarrollo. Incluso la creación de empleo y el desarrollo del sector privado —como motor clave del desarrollo económico y social— están vinculados a una serie de desplazamientos directos e indirectos de lo rural a lo urbano. El nuevo enfoque de las economías y las industrias contribuye a llamar la atención sobre las repercusiones medioambientales de las actividades económicas y, en general, sobre la calidad de vida de las poblaciones y las comunidades. Esta consideración debería ser un punto central del desarrollo transformador. Si se gestiona adecuadamente, África, en particular la zona subsahariana, puede convertirse cada vez más en una nueva frontera para el desarrollo en el siglo XXI (Grant, 2015).

También se han logrado algunos avances en el ámbito clave de la producción de alimentos y la seguridad alimentaria. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) ha señalado que “las perspectivas de seguridad alimentaria de África son las más prometedoras de la historia” (FAO, 2015). El *Informe sobre el estado de la inseguridad alimentaria*

6. Se prevé que el porcentaje de africanos que viven en zonas urbanas aumente del 36% en 2010 al 56% en 2050.

2015 registró una disminución del 31% en la incidencia global del hambre en el África subsahariana entre el periodo de referencia (1990-1992) y 2015. Esto representó un paso de gigante para reducir a la mitad el porcentaje de la población africana que sufre escasez de alimentos. Al menos siete países (Angola, Yibuti, Camerún, Gabón, Ghana, Mali y Santo Tomé y Príncipe) han alcanzado las metas tanto de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) como de la Cumbre Mundial sobre la Alimentación (CMA) de reducir a la mitad el número de personas que padecen hambre para 2015 (FAO, 2015). Aunque estos logros aún varían mucho de una región a otra, en los últimos 25 años se han afianzado importantes fuerzas transformadoras. Entre ellas se incluyen importantes cambios políticos, económicos y demográficos que han contribuido a un crecimiento económico sostenible. Esto, a su vez, ha impulsado los logros anteriores reduciendo el hambre y mejorando sustancialmente los medios de vida y el bienestar de millones de africanos. Sin embargo, aún queda mucho por hacer. Unos 218 millones de personas (una de cada cuatro) del África subsahariana siguieron padeciendo subalimentación entre 2014 y 2016, lo que supone un aumento del 24% respecto a 1990-1992, cuando sumaban 176 millones. El enfoque productivista y de alta tecnología (incluido el uso de semillas híbridas, fertilizantes y pesticidas) —que ha impulsado la “nueva revolución verde” de África, cada vez más promocionada como la mejor estrategia para mejorar la producción de alimentos (D’Alessandro y Zulu, 2017)— ha suscitado importantes dudas sobre su idoneidad y eficacia. Este enfoque tiende a basarse en asociaciones público-privadas, en la financiación de la promoción del sector privado y también en vínculos entre agricultores africanos, proveedores de insumos, agrodistribuidores, agroprocesadores y minoristas, con una creciente penetración de los supermercados en los barrios más pobres, e incluso se considera una solución a la inseguridad alimentaria urbana (Moseley *et al.*, 2015).

Esencialmente, y a pesar de los progresos realizados, el reto sigue siendo lograr mejoras más profundas y equilibradas de la seguridad alimentaria en los países del África subsahariana (FAO, 2015). La rápida urbanización y la difusión tecnológica han dado lugar a un repunte del sector de los servicios, que ahora representa más de la mitad del del crecimiento de África. El aumento del gasto de los consumidores y de la riqueza significa que, según las previsiones, en 2020 se sobrepasaron los 1.100 millones de consumidores en África, más que las poblaciones combinadas de Europa y Norteamérica, con el doble de consumidores ricos que el Reino Unido (BCG, 2016). Las conexiones a internet han mejorado, y algunos países alcanzan tasas de conectividad del 83%. Según estos pronósticos, en 2020, todos los africanos obtuvieron un teléfono móvil y aproximadamente la mitad, un *smartphone*. Mientras el mundo lidia con problemas de desarrollo sostenible, los países africanos tienen oportunidades reales de desarrollar economías resistentes al carbono. El potencial de sus recursos

energéticos renovables es enorme. África está bien dotada de yacimientos de gas natural, que siguen en gran medida sin explotar; tiene más de 350 GW de energía hidráulica, más de 100 GW de energía eólica, 10.000 GW de energía solar y 15 GW de energía geotérmica (AIE, 2014). Existe un gran optimismo de que el continente pueda aprovechar el potencial del “internet de las cosas” para transformar sus sistemas de producción.

Sin embargo, el impacto de África en la economía mundial aún no se deja sentir realmente y ello, por una sencilla razón. El notable rendimiento económico en su conjunto no ha desencadenado el tipo de transformación capaz de crear suficiente empleo productivo, mejorar las condiciones de vida y abordar adecuadamente los retos de la desigualdad. Más recientemente, el éxito del crecimiento africano se ha mostrado vulnerable a la volatilidad de los precios de los productos básicos, así como a las debilidades de la demanda y la percepción.

Estas deficiencias se han vinculado a una inversión y un crecimiento limitados en las economías nacionales de muchos países africanos. Por tanto, deben mantener su proceso de transformación para crear empleo y aumentar los ingresos y la riqueza. De hecho, esta es la agenda actual que domina los discursos de los líderes locales. Se trata de un claro reconocimiento de lo que no ha ocurrido, como demuestran la baja productividad de la agricultura, la disminución del valor añadido de la industria, la escasa reducción de la pobreza y la falta de políticas de empleo e inclusión. Los países africanos se encuentran en una encrucijada con muchas probabilidades a su favor, especialmente las megatendencias del cambio demográfico, tecnológico y medioambiental, y una rápida urbanización. La abundancia de recursos naturales del continente —alrededor del 12% de las reservas mundiales de petróleo, el 40% del oro y el 80-90% del cromo y los metales del grupo del platino— puede utilizarse para estimular una industrialización dinámica que conduzca a una transformación estructural. La diversificación y la industrialización, incluida la industrialización verde, desempeñan un papel crucial no solo para las economías nacionales, sino también para los espacios geográficos, los accionistas, los grupos sociales y las comunidades que se beneficiarán de los cambios provocados por la industrialización. Los ejemplos de Etiopía y Tanzania —el establecimiento de agrupaciones industriales y el refuerzo de la coordinación entre la transformación urbana y el desarrollo industrial— demuestran que las políticas y actividades económicas pueden tener un impacto positivo en las geografías económicas a múltiples escalas de África, incluidas las infraestructuras locales, como los puertos (ONU-Hábitat, 2014; Léautier *et al.*, 2015).

Sin embargo, hay que enfrentarse a la narrativa negativa y cambiarla. Y esto no puede llevarse a cabo sin un cambio en la mentalidad colectiva africana. Ni que decir tiene que para lograr tal objetivo, es esencial que los africanos tomen la iniciativa, asumiendo y liderando el proceso de transformación. Un complejo

de percepciones erróneas dificulta enormemente la transformación estructural. Por lo tanto, debemos intentar promover las ricas y múltiples narrativas de la experiencia africana pasada y presente. Si este intento fracasa, se mantendrán las actitudes negativas y despectivas hacia África, predominantemente escritas y dictadas por otros, aunque, a veces, sorprendentemente, también por africanos.

MÁS ALLÁ DE LOS ENFOQUES ESTRUCTURALISTAS DEL DESARROLLO DE ÁFRICA

Cuando se debaten cuestiones de desarrollo en África, se señala con acierto que no basta con destacar el carácter omnipresente del fracaso, la desnutrición, la enfermedad, el hambre y la guerra (Rutten *et al.*, 2008). También debemos reconocer que en las últimas cinco décadas se han transformado varios aspectos importantes de la vida de millones de personas corrientes. En consecuencia, es crucial que el análisis esté anclado en la investigación empírica, que debe incluir factores locales, regionales y/o nacionales en los distintos países africanos, así como una visión panafricana más amplia. También es necesario considerar diferentes perspectivas analíticas que tengan en cuenta la heterogeneidad de la pobreza y los déficits en los procesos de desarrollo en el África subsahariana, con el fin de confrontar las ideas, conceptos y supuestos subyacentes a las políticas de lucha contra la pobreza. Es importante animar a los responsables políticos a elegir recetas políticas capaces de sacar a la gente de la pobreza.

En años más recientes, instituciones como la Comisión Económica para África de las Naciones Unidas (CEPA, 2013, 2014a y 2015a) y el Banco Africano de Desarrollo (BAfD, 2014) han promovido con renovado vigor la centralidad de un “Estado desarrollista” y un “regionalismo desarrollista” como base para la transformación del continente. Mkandawire (2001) también sostenía que un Estado desarrollista era una posibilidad real en África. Parte del renovado interés por el “desarrollismo” refleja esta realidad: las explicaciones convencionales de los frágiles resultados económicos de África no han prestado por lo general suficiente atención a los mecanismos reales que subyacen al crecimiento, el declive y el estancamiento. Varias economías africanas experimentaron repuntes de la inversión tras la independencia, pero, a diferencia de las economías más recientemente industrializadas de Asia Oriental, no estaban ancladas en un círculo virtuoso de crecimiento que implicara aumentos complementarios del ahorro y las exportaciones, así como la necesaria creación de empleo. Al dismantelar el desarrollo mediado por el Estado sin poner en marcha alternativas viables, los programas de ajuste estructural no han conseguido abordar las limitaciones estructurales que impiden el crecimiento de la productividad en la agricultura y en la economía en general (Akyüz y Gore, 2001). La noción

de Estado desarrollista deriva de la noción no neoclásica de la economía que reconoce explícitamente el posible fracaso del mecanismo de mercado a la hora de optimizar los resultados económicos y el desarrollo en sentido amplio. Así pues, la intervención del Estado puede resultar necesaria en al menos tres casos: a) cuando los mercados no existen y se hace necesaria su creación; b) cuando los mercados no consiguen optimizar los resultados debido a factores como la asimetría informativa o las compensaciones debido a antimonopolio por parte de empresas con ánimo de lucro; y c) cuando se asignan funciones en las que la rentabilidad social de la inversión es superior a los beneficios privados, lo que lleva a las empresas privadas a evitar dedicarse a sectores que proporcionan "bienes públicos". En los tres casos, el Estado tiene capacidad para tomar decisiones estratégicas que desencadenen la dinámica del mercado instituyendo mecanismos reguladores y otros incentivos (Kararach, 1997). De este modo, el Estado se compromete a poner en marcha políticas y programas de desarrollo de la producción (BID, 2014).

El Estado desarrollista es de naturaleza tanto ideológica como estructural (Mkandawire, 2001). Ideológicamente, la razón de ser del Estado es centrarse en el desarrollo y la transformación como objetivos primordiales, interpretados como crecimiento virtuoso, industrialización, creación de empleo, etc. Estructuralmente, el Estado tiene que demostrar la capacidad de planificar y ejecutar estos objetivos de desarrollo y transformación, independientemente de las fuerzas sociales que puedan frustrar tales esfuerzos. Por lo tanto, el Estado debe tener la capacidad de movilizar los recursos financieros y humanos, así como las coaliciones políticas y sociales necesarias para el desarrollo. Por el lado de las coaliciones, esto significa navegar por las diversas dinámicas de la economía política y maximizar los resultados del desarrollo planificado, por ejemplo, invirtiendo en las infraestructuras y capacidades necesarias. En esencia, es importante reconocer la complejidad de las oportunidades, así como los retos del desarrollo y el hecho de que estos se encuentran en un estado de transición (Rucipero, 2001; Kararach *et al.*, 2012). Debido a esta complejidad, así como a los problemas relacionados con la apropiación local, Hart (2001) ha defendido la necesidad de revisar los supuestos y las aplicaciones de las políticas y prácticas de desarrollo. Diawara (2000) analiza la naturaleza esencial del conocimiento local en la configuración de las dinámicas, así como la apropiación local en el desarrollo. Aunque las características estructurales pueden circunscribir el desarrollo, solo configuran parcialmente su trayectoria. Por lo tanto, resulta útil adoptar una visión "posestructuralista" del desarrollo y comprender como las implicaciones no solo del conocimiento local integrado, sino también del protagonismo africano. Por ejemplo, las dimensiones culturales y políticas relativas a la edad y el sexo de los grupos considerados condicionan la forma en que el "desarrollo" se lleva a cabo, ya sea por los gobiernos o por los socios del desarrollo.

Aunque la crítica posestructuralista del desarrollo es justificable, es necesario darle un giro de economía política. Este punto de vista adicional permite que los especialistas en desarrollo no se conviertan en el único foco de análisis, sino que también incluyan a actores como los pequeños agricultores. Cualquier enfoque que pretenda comprender el desarrollo africano y los retos relacionados e ignore el papel de los actores locales en favor de los grandes actores como el Banco Mundial está faltando a la realidad del desarrollo como una actividad homogénea. Para dejar a un lado los excesos teóricos estériles, debemos tener en cuenta los papeles de los diferentes actores de la sociedad y considerar cómo define cada uno su propia realidad de desarrollo. Es importante adoptar una visión posestructuralista del desarrollo africano porque las narrativas actuales alimentan tanto las percepciones erróneas como la exuberancia no deseada. La narrativa del “despertar africano” da un significado distorsionado y estrecho al desarrollo, definido como crecimiento del PIB y de los activos empresariales, sin prestar la debida atención a las cuestiones de inclusión social, especialmente en lo que respecta a la expansión de una economía vertical (Fioramonti, 2016). Pillay (2016) señala tres razones por las que la narrativa actual es engañosa. En primer lugar, como sugiere Morten Jerven (2013), los picos de crecimiento de África suelen partir de una base muy baja, si nos basamos en las mediciones. En segundo lugar, la mayor parte de este crecimiento se origina en sectores extractivos y enclaves, y no tiene en cuenta las pérdidas netas para el continente debidas a la explotación de su crudo por empresas extranjeras. En tercer lugar, el desarrollo definido en sentido estricto por los intereses obtenidos por los inversores rara vez se traduce en beneficios y en una mejora de la calidad de vida de la gente corriente. La realidad sobre el terreno es, por tanto, muy diferente y está apoyada por fuerzas que pretenden aumentar la marginación de África en la moderna división del trabajo. En este sentido, la narrativa del “despertar africano” es más bien un llamamiento a los inversores y las multinacionales motivados por la perspectiva del beneficio y con poca consideración por los empobrecidos.

Por tanto, es aún más necesario promover el protagonismo africano. En lugar de dejarse llevar por la exuberancia de la narrativa del “despertar africano”, África debe intentar elevarse a través de sus propias iniciativas y esfuerzos. África tiene que vencer la “maldición de Berlín”, el legado del colonialismo que ha generado una mentalidad que da más valor a las instituciones y los conocimientos no locales, y que también valora más el “Estado nación” y la soberanía, al tiempo que prejuzga la evolución de las ideologías y los sistemas de creencias locales que son cruciales para resolver los problemas locales (Adebajo, 2010). Es importante comprender las “circunstancias” y los “esfuerzos” que definen la evolución de la desigualdad, la pobreza y el subdesarrollo, tanto a nivel individual como a nivel de los distintos países africanos, para garantizar que llevamos

los debates sobre la transformación más allá de los cambios estructurales y sectoriales estáticos.

EL RETO DE MARCAR EL CONTINENTE Y EL OBJETIVO DE ESTE LIBRO

África es actualmente un continente con algunas de las mejores oportunidades de inversión de alto rendimiento y de desarrollo socioeconómico rápido pero sostenible. África es muy grande, pero su narrativa, su potencial y, en algunos casos, su realidad están deliberadamente infravalorados y corrompidos, y esto cambia cuando se conocen los datos de crecimiento. Por ejemplo, la reciente reindexación del PIB de Ghana, Nigeria y Kenia atrajo mucha atención, porque las economías de estos países se expandieron considerablemente de la noche a la mañana (World Economics, 2016). Esto plantea la cuestión de si hay otras economías africanas que tengan su PIB sistemáticamente infravalorado. ¿Y cuál será el alcance exacto de esa infravaloración? Un estudio realizado por World Economics (2016) sobre una muestra de ejercicios recientemente reindexados de 15 países africanos sugiere un aumento medio del 3,24% del PIB por cada año transcurrido desde la reindexación para cada uno de los países considerados. El promedio de años transcurridos desde la reindexación más reciente en los países africanos es de 9,2. Tomando el incremento medio anual del 3,24% y multiplicándolo por el número de años transcurridos desde su última reindexación, se obtiene una estimación de cuánto podría estar infravalorado el PIB de cada país africano. Estos cálculos sugieren que, en conjunto, el PIB de África puede estar infravalorado en aproximadamente un 21,5%.

Pero aunque el continente tiene sin duda un enorme potencial, el reto para los líderes africanos es también enorme, ya que los países africanos se preparan para ocupar su lugar en la futura economía mundial. Tendrán que transformar sus economías con el telón de fondo de un clima mundial adverso en el que han cambiado las pautas de industrialización, caracterizado por negociaciones comerciales poco amistosas, complejos derechos de propiedad intelectual, menor espacio político y estructuras internas fracturadas. Aunque el crecimiento de nuevas tecnologías como internet presenta oportunidades en la administración electrónica y la prestación de servicios, también está plagado de amenazas como el terrorismo, la ciberseguridad, la manipulación de macrodatos y las noticias falsas. Como consecuencia de todos estos factores, el protagonismo de África se ve constantemente amenazado por fuerzas fracturadoras a nivel nacional y mundial.

Las elecciones de 2017 en Kenia han suscitado preocupación por el uso de plataformas electrónicas en la gestión de los procesos electorales y la forma en

que se perpetúa el autoritarismo electoral (la tendencia a manipular las elecciones para reforzar los regímenes en el poder). Del mismo modo, el ascenso de Gobiernos populistas, como el de Donald Trump en Estados Unidos, apunta a un futuro relativamente proteccionista con el que el continente tendrá que lidiar (Hanson *et al.*, 2017). También existen otros problemas relacionados con los estupefacientes, el crimen organizado y el tráfico de personas, así como con extremistas religiosos, como el grupo Boko Haram. Algunos sostienen que el regionalismo desarrollista es la mejor opción para África. África debe definir unas prioridades de desarrollo adecuadas y ponerlas en práctica en un mundo globalizado, precario y cada vez más incierto. Si se quieren abordar seriamente las cuestiones de transformación, las soluciones no pueden divorciarse de los mismos elementos que tratan de socavar el enorme potencial de transformación del continente. En este volumen nos ocuparemos principalmente de cómo África puede aprovechar sus diversas bazas de "desarrollo", incluidas la geografía, la economía y la demografía, para lograr una transformación estructural efectiva. Nuestros argumentos se basan en la premisa de que muchas de las prescripciones políticas que se han impuesto a los países africanos desde el exterior, como los programas de ajuste estructural de los años ochenta y noventa, y los planes estratégicos de reducción de la pobreza que han hecho poco por transformar el continente, en gran medida porque se diseñaron y aplicaron en un contexto inadecuado. Con demasiada frecuencia, estas recomendaciones políticas convencionales se centran en modelos de talla única y en el *statu quo*, que no dan cabida a las realidades diversas y rápidamente cambiantes de África ni permiten la apropiación local. Este volumen es, por tanto, una amplia reflexión sobre la promesa y la falacia del modelo único del "despertar africano" y sugiere trayectorias prácticas y necesarias para el desarrollo sostenible de África.